

EL SECRETO DE LA NAVIDAD.

Sobre la importancia de la familia en la Navidad.

Érase una vez un niño de unos 12 años. Su nombre era Iago. Como la mayoría de sus compañeros de su clase, deseaba durante todo el año que llegara la Navidad, para recibir regalos de Papá Noel y de los Reyes Magos. Recordaba con alegría y con nostalgia esos momentos de estar en casa al calor de la chimenea, rodeado de todos sus seres queridos, y abriendo los regalos. Recordaba la ilusión que le daba descubrir que debajo del papel de regalo, estaba el juego que tanto deseaba. Sin duda, las Navidades eran su época favorita del año.

Noviembre se acababa, y con él, los exámenes que le llevaban agobiando durante semanas. Por tanto, ahora la principal preocupación de Iago era escribir la carta a Los Reyes y a Papá Noel. Siempre que Iago veía un catálogo de juguetes, lo cogía para elegir lo que quería de regalo entre diciembre y enero. Tras días dudando si pedir el Monopoly, o el Minecraft, finalmente llevó la carta definitiva al buzón para que llegara a Oriente y a Laponia. Si este año se había portado bien, recibiría muchos regalos en unas semanas.

Cuando ya quedaban solo seis días para irse de vacaciones de Navidad, Iago ya se imaginaba de vacaciones, en su pueblo, con sus abuelos, sus tíos, y sus amigos que no había visto desde el verano. Iago, como es normal, estaba muy ilusionado, y mientras estaba en el colegio decorando la clase de temática navideña, su cabeza estaba ya en el 23 de diciembre, día en el que por fin, las vacaciones empezarían.

Pero ese día, al llegar a casa, una noticia le sorprendería. Sus padres le dijeron que por motivos de trabajo, ese año no podrían irse de vacaciones, y tenían que quedarse todas las Navidades en Vigo, donde Iago vivía todo el año. Iago se sintió completamente destrozado, el viaje a su pueblo, que estaba entre Murcia y Alicante, al final no se podría hacer.

Los días pasaban, lluviosos, grises, sombríos... El sol no brillaba en el cielo desde hacía ya varios días, y en la cabeza de Iago nada iba bien. Todas las ideas que Iago tenía en mente acerca de las vacaciones, parecían que iban a esfumarse. Ya no habían buenos días, solo días.

Uno de esos fríos días de Galicia en diciembre, los padres de Iago hablaron con sus abuelos. Sabían que Iago estaba triste, por tanto acordaron que pedirían a Papá Noel y a los Reyes que los regalos llegaran a casa de Iago en Vigo. Aunque finalmente sí que recibiría regalos, no iba a ser lo mismo. No iba a ir a su pueblo de Alicante, no iba a ver a su familia ni a sus amigos. Se dio cuenta de que lo que realmente le gustaba de la Navidad era la compañía, no los regalos materiales.

Llegó el 21 de diciembre, quedaban 3 días para Navidad, y aunque todos pensaban en el día siguiente porque sabrían si les había tocado la Lotería de Navidad. Iago ya parecía que daba por hecho que no viajaría en Navidad.

Esa noche, Iago fue con unos amigos a ver las increíbles luces de la ciudad. La ciudad estaba muy colorida, sin duda el alcalde había hecho un gran trabajo en otoño para que las Navidades en Vigo estuvieran a la altura de las de otras ciudades como Nueva York o

Londres. La belleza de la ciudad distraía un poco a Iago, aunque tenía muchas ganas de viajar, ya parecía que lo había asumido. Iago sabía que aunque no fuera de viaje, sus vacaciones iban a ser fenomenales.

Sin embargo, cuando llegó a su casa, todo cambió. Al final sus padres consiguieron tener vacaciones. En ese preciso instante, un rayo de ilusión llegó a Iago. Las vacaciones que tanto llevaba deseando por meses, se iban a hacer realidad. Al día siguiente, el 22 de diciembre, Iago no pensaba ya en que le iban a traer los reyes. En vez de eso, llamó por teléfono a todos sus familiares, y les contó muy ilusionado las ganas que tenía de verlos.

Por fin, tras un año entero de espera, Iago cogió el avión desde Vigo que le llevaría al Aeropuerto de Elche, a unos 45 minutos de su pueblo. Cuando llegó allí, no podía contener las ganas de ir corriendo a abrazar a sus abuelos. Llevaba más de 4 meses sin verlos, así que fue un momento muy especial para él.

Aquellas Navidades, Iago disfrutó como nunca en compañía de sus familiares. Además, a pesar del frío, por las tardes iba con sus amigos a jugar al parque o ir con las bicicletas hasta que oscurecía. Eran las vacaciones ideales que Iago había soñado durante el otoño. El día de Nochebuena toda la familia cenó junta, e incluso a Iago se le olvidó que ese día venía Papá Noel, pues lo único que realmente le hacía feliz era estar con los suyos. A la mañana siguiente, el día de Navidad, Iago recibió muchos regalos, que sin duda, le encantaron. Sin embargo, él sabía cual era el regalo más importante de la Navidad, poder disfrutar de la compañía de tu familia en todo momento.

Ya a mediados de enero, cuando volvieron las clases, Iago volvió a Vigo. Sin embargo, no se olvidó de su familia, y todas las noches antes de irse a dormir, les llamaba para contarles su día.

Aquellas Navidades, Iago descubrió el verdadero regalo de la Navidad.